

## Los Acuerdos de Paz: una revisión de sus 20 años

José María Tojeira\*

### 1. La importancia

El fin de una guerra siempre se celebra. Motiva y llama a la alegría. Pero el fin de una guerra civil es más motivador todavía si termina a través de conversaciones y diálogo entre las partes, sin vencedores ni vencidos, y con un inicio de reconciliación entre la familia de un mismo país. En El Salvador en particular, fue así. Y esta realidad histórica tiene su importancia especial porque nuestro país ha tenido una tradición relativamente fuerte de resolver los conflictos por la fuerza. Resolver un conflicto gravísimo, donde los hermanos matan a los hermanos, por la vía del diálogo, no solo despierta alegría, sino esperanza.

Y despierta esperanza porque la capacidad de diálogo está íntimamente relacionada con la cohesión social y la confianza en las instituciones. Sin ellas no se logra la elaboración eficaz de políticas de desarrollo, mucho menos cuando hay una tradición evidente de que las políticas de desarrollo se elaboran desde pequeños grupos dominantes y a favor de sus intereses. Un diálogo establecido sobre un interés nacional colectivamente asumido ofrece siempre esperanza. Y los Acuerdos de Paz respondían a este deseo colectivo, presente en las grandes mayorías de El Salvador. En realidad, se puede decir de los Acuerdos que constituyen el primer proyecto nacional de realización común amplio logrado por el pueblo salvadoreño. Otros proyectos, aunque se consideren de realización común, fueron demasiado elitistas o grupales, y sus resultados generalmente beneficiaron de modo muy

\* Director de Pastoral Universitaria en la UCA.

desigual a la ciudadanía e, incluso, excluyeron a una buena proporción de la misma. El hecho comprobado históricamente de que solo los proyectos nacionales de realización común, asumidos por la gran mayoría, pueden darle a un país la suficiente entidad como para emprender el camino al desarrollo y a la convivencia pacífica convierte los Acuerdos de Paz en un momento clave de la historia salvadoreña y en un punto de inflexión hacia un futuro diferente al recorrido en siglos pasados, en los que una élite sumamente alejada de las necesidades colectivas marcaba los rumbos del país.

Los Acuerdos fueron además, y en buena parte, eficaces. Creadores de una nueva cultura de diálogo y negociación, y de un saber que las soluciones de fuerza no son las mejores, consiguieron que una serie de medidas se consolidaran dentro de un nuevo ámbito de libertades políticas y de expresión. Aunque la tentación de la fuerza y del autoritarismo ronde siempre escenarios y posibilidades, y las componendas políticas, salpicadas de madrugones de la Asamblea Legislativa, nos sigan sorprendiendo, como cuando se dolarizó la economía, lo cierto es que la situación difiere mucho del pasado. Las posibilidades críticas son muy superiores. Y si bien permanecen con demasiado peso algunos elementos de la tradición autoritaria, cada vez es más difícil recurrir al “aquí mando yo” o a la falta de transparencia.

La desaparición de los esquemas de represión ideológico-política tradicionales, la eliminación de cuerpos paramilitares (Defensa Civil), la unificación de la Policía bajo mando civil y la reducción drástica del número de militares fueron pasos eficaces nacidos de los Acuerdos. Si las dos causas de la guerra fueron –hablando en términos muy generales–, por un lado, la injusticia social y, por otro, la represión generalizada y militarizada de los reclamos sociales de las organizaciones populares y de la participación ideológica y política de la izquierda, el desmantelamiento del aparato represivo fue fundamental para la paz.

Las medidas económico-sociales tomadas, en especial la transferencia de tierras, tuvieron también un efecto positivo. Lamentablemente, ni Estados Unidos, que tanto dinero había aportado al mantenimiento de la guerra, ni las instituciones de crédito y de ayuda al desarrollo internacionales supieron entender la necesidad de invertir en desarrollo en el momento en que se termina un conflicto de un modo tan ejemplar como en El Salvador. Estados Unidos, que había aportado un promedio aproximado de 500 millones de dólares anuales para financiar una guerra supuestamente contra el comunismo, no tuvo ni la cuarta parte de su generosidad a la hora de financiar el desarrollo de la posguerra. El Banco Mundial negó la solicitud de créditos que la ONU había hecho a favor de El Salvador y su desarrollo en la posguerra, convirtiéndose, en cierto modo, en corresponsable de la ola de violencia delictiva que nos sacudió a partir del conflicto. En un artículo reciente, la Dra. Graciana del Castillo, economista principal del Gabinete del secretario general de las Naciones Unidas en su momento, y responsable de diseñar el acuerdo de “intercambio de armas por tierra” del 13 de octubre de 1992, recordaba la negativa del Banco Mundial a respaldar este programa, creando un verdadero peligro para la paz en El Salvador. Si bien la experiencia salvadoreña sirvió para que el Banco Mundial rectificara posteriormente su política, la ceguera de las instituciones bancarias internacionales impidió con sus políticas un más rápido afianzamiento de la paz y el desarrollo en El Salvador. La escasez de ayuda para promover el desarrollo y el trabajo digno, en medio de la cultura de violencia heredada desde antes de la guerra civil y acentuada en la misma, fue sin duda uno de los factores que, unido a una política económica neoliberal, radicalizaron los niveles de violencia que hoy sufrimos.

## 2. El recuerdo y la celebración

Es evidente que fechas como esta deben ser recordadas y celebradas. Un verdadero hito en la generación de cultura de paz de

un país siempre debe estar presente como estímulo para la construcción permanente de la paz. Sin embargo, conviene ubicarlo en su contexto histórico. Los Acuerdos de Paz son el punto final de un proceso iniciado por un pequeño grupo que logró imponerse a un movimiento de locura fratricida, generado por condiciones de vida cada día más reñidos con la conciencia contemporánea de la dignidad humana. Haciendo un muy breve resumen, podemos decir que nuestro país estaba dominado por un grupo minoritario y poderoso que, con su autoritarismo político, con su egoísmo y con la exhibición de su riqueza en medio de la pobreza generalizada desesperaba y reprimía a las grandes mayorías de la población, cada día más conscientes, que reclamaban vivir con mayor dignidad. La guerra civil se desarrolla en ese contexto de pobreza, autoritarismo, reclamos, protestas y represión. En medio de esa situación, y escuchando el clamor de los pobres que sufrían intensamente el dolor de la guerra, surge un grupo –en muchos aspectos inspirado en una tradición pacifista de la iglesia salvadoreña cuya mejor expresión y fruto es monseñor Romero– que trataba de poner fin a la guerra desde el diálogo y la negociación. Un fin de la guerra en el que no hubiera vencedores ni vencidos, sino hermanos que se reconcilian y buscan juntos construir la paz.

Estos constructores de paz, auténticos pioneros entre los que podemos mencionar a Mons. Rivera, los jesuitas de la UCA, las madres de los desaparecidos o Rufina Amaya, pertinaz en la narración de su testimonio, fueron atacados e incomprendidos inicialmente por las partes en pugna. No contaron con el apoyo de los poderes fácticos ni de los liderazgos ideológicos desde el principio, pero sí con poderosos enemigos hasta el final. Sin embargo, son los iniciadores de una nueva cultura en la que el diálogo y la capacidad de escucha se entremezclan con la búsqueda pacífica de justicia social, con la opción por los más pobres y con la solidaridad con las víctimas de la historia. Su palabra permanente

a favor de la paz muestra que los problemas, si se enfrentan con generosidad, sacrificio y esfuerzo, pueden encontrar caminos de solución trabajándolos desde abajo y desde dentro de la realidad. Confiaban en que el espíritu solidario y empático de los salvadoreños era más fuerte que los resentimientos y odios generados por la injusticia y por la misma guerra. Y sobre todo, se dejaron impactar por el clamor de las víctimas y apostaron por ese “nunca más”, que expresa radicalmente el valor constructor de paz y justicia desde el dolor del pobre.

Sin embargo, el nombre de estos verdaderos héroes de la paz, junto con el recuerdo de las víctimas que les dieron la fuerza y el impulso, suele aparecer silenciado en los aniversarios de paz. El culto a los firmantes, a sus dificultades, buenos sentimientos, capacidad de diálogo, sustituye con frecuencia esa historia de lucha por la paz durante los once años de guerra que es una auténtica epopeya de los sentimientos más llenos de humanidad y confianza en lo humano. Los firmantes representan la nueva situación de paz. Tienen el mérito de haberse dejado ganar, unos antes (incluso desde el principio), otros después, por el espíritu civilizatorio y solidario de quienes buscaban la salida pacífica del conflicto. Pero en la medida en que asuman el papel de los nuevos vencedores y líderes de la historia, o se presenten como los líderes de la historia pacifista de El Salvador, tergiversan y ocultan una historia mucho más rica que la que se puede visibilizar en sus personas. No les quitamos el mérito de su momento, pero les pedimos que no se presenten como los líderes individuales que solucionaron los problemas salvadoreños de violencia guerrillera. Si quisieran llevar sobre sus hombros el peso fundamental de los trabajos por la paz, convertirían lo que fue un esfuerzo colectivo nacido de la conciencia de personas visionarias, en una celebración narcisista de élites que perdería el sentido profundamente democrático del proceso de paz, en el que el clamor de los pobres tuvo un peso definitivo.

El pequeño grupo que protagonizó la construcción de la paz tiene sus líderes y es preciso recordarlos. Aunque la muerte de Mons. Romero, por lo que tuvo de frustrante y desesperante, pudo ser vista como un motivo más para la guerra, lo cierto es que su pensamiento pacifista, anclado en los derechos de los más pobres, fue una fuerza constante de pacificación. Su recuerdo incitaba a la búsqueda de soluciones creativas para la paz. En medio de la violencia, mostraba otra posibilidad histórica que las fuerzas enfrentadas no quisieron aprovechar: «Sepan que hay una violencia muy superior a la de las tanquetas y también a la de las guerrillas. Es la violencia de Cristo (cuando dice): 'Padre perdónales que no saben lo que hacen'». Parafraseando una de las citas más utilizadas de Carlos Marx que decía: «La teoría se convierte en una fuerza material tan pronto como prende en las masas», podríamos decir con honestidad que el pensamiento pacifista de Romero prendió en el pueblo salvadoreño y se convirtió en la fuerza material que impulsó los diversos esfuerzos a favor de la solución pacífica del conflicto. Mons. Rivera y los jesuitas asesinados se inspiraron en él para la dura lucha que les tocó llevar a cabo mientras trataban de impulsar el deseo de paz. Mons. Rivera se convirtió pronto en el gran referente nacional del diálogo. Sus llamadas sistemáticas a la paz a través de las negociaciones entre las partes en conflicto, y su seguimiento de los derechos humanos a través de Tutela Legal resultaron indispensables para la toma de conciencia que permitió que se diera el diálogo y obligó a que se mantuviera a pesar de los exigüos resultados iniciales.

El asesinato de los jesuitas, precisamente por la altura moral conseguida con su apoyo a la solución dialogada y pacífica del conflicto, aceleró el fin de la guerra y salvó numerosas vidas. Tanto en la izquierda como en la derecha política, se dan apreciaciones coincidentes en este punto. Ellacuría insistía en que un triunfo militar de cualquiera de las dos partes contendientes implicaría o bien una represión generalizada de muchos años,

o bien la continuación de la guerra por otros medios. En cambio el diálogo y la defensa de los DDHH no solo eran el camino más adecuado para conseguir una paz duradera con libertad y dignidad, sino también el modo más eficaz y racional de salvar vidas, dándole la prioridad al *salvar vidas* sobre cualquier otra dimensión. Ambos esfuerzos, de Mons Rivera y de los jesuitas, generaron, finalmente, el Debate Nacional por la Paz, que contribuyó también a acrecentar el sentimiento favorable a la paz dialogada.

Al hablar del liderazgo de la paz, no podemos dejar de lado la lucha popular por la misma. Las madres de desaparecidos o presos, los testigos de masacres o de crímenes fueron también parte de esa larga lista de protagonistas hoy olvidados. La narración de Rufina Amaya, sobreviviente de la masacre del Mozote, donde perdió a su esposo y cuatro hijos, uno de ellos aún de pecho, arrancaba lágrimas de compasión, ternura y solidaridad combativa. El enorme impacto de su testimonio no está aún plenamente reconocido. Pero despertó indignación en muchas personas por la brutalidad de la guerra e inició, en quienes la escuchaban, hondos procesos de solidaridad pacifista.

Los testimonios hoy anónimos también tuvieron su impacto. El testimonio de una sobreviviente de la masacre del Sumpul, que como tantos otros campesinos quedó en el anonimato, generó un movimiento impresionante en Honduras. En efecto, esta mujer, llevada desde la frontera del Sumpul a Santa Rosa contó a varios sacerdotes de la diócesis de Santa Rosa de Copán lo que vivió en la masacre de las Aradas. Desde su lecho de herida, al lado de su hijo de un año también herido de bala, hablaba de muerte, crueldad, y de sus dos hijos de 7 y 9 años heridos en la masacre y que agonizaron entre las rocas del Sumpul mientras esperaban escondidos el amanecer. El clero de la diócesis inició inmediatamente una investigación y llegó rápidamente a la conclusión de que se había producido una masacre en suelo salvadoreño

muy cercano a la frontera hondureña. Que el ejército salvadoreño había sido el ejecutor del crimen y que el ejército hondureño había colaborado impidiendo a los campesinos atravesar el Sumpul para refugiarse en el territorio del país vecino. El comunicado de los sacerdotes y religiosas de la diócesis de Copán, con 36 firmas, dio la vuelta al mundo, confirmando una de las primeras y más conocidas masacres, y generó en Honduras una cadena de radio y televisión de la junta militar que entonces gobernaba el país, amenazando a los sacerdotes y religiosas extranjeras que habían firmado el comunicado, con deportarlos del país. La mujer herida con su joven hijo en el hospital, recordando a sus dos niños asesinados, generó un acto de denuncia y de rechazo a la violencia de una trascendencia nacional e internacional. El sentimiento de solidaridad se convirtió inmediatamente en una red de apoyo a los campamentos de refugiados que surgieron en Honduras a partir de las masacres en El Salvador. El protagonismo de los pobres y las víctimas, casi siempre olvidado al hablar de los acuerdos de paz, generó en realidad la mayoría de las energías empeñadas en resolver el conflicto salvadoreño desde el diálogo y la reconciliación.

Juan Pablo II hablaba, en 1997, en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, de la necesidad de purificar la memoria, “a fin de que los males del pasado no vuelvan a producirse más. No se trata de olvidar todo lo que ha sucedido, sino de releerlo con sentimientos nuevos, aprendiendo, precisamente de las experiencias sufridas, que solo el amor construye, mientras el odio produce destrucción y ruina”. Mientras no aprendamos a ver el pasado desde las víctimas, incluso desde su real protagonismo en la construcción de la paz, será difícil que resolvamos nuestro problema con el pasado. En El Salvador, si algo se percibe en importantes sectores del liderazgo nacional, es una especie de miedo a las víctimas y una incapacidad de enfrentar su recuerdo constructivamente.

### 3. Los incumplimientos

Los Acuerdos de Paz, si bien sellaron y propiciaron un fuerte movimiento de cultura de paz en el país, tuvieron también su buena dosis de incumplimientos, realidad esta que sigue incidiendo en el hoy de El Salvador. Sin embargo, hay que decir que la importancia de los incumplimientos no estriba tanto ni en su cantidad ni en el efecto inmediato que tuvieron, sino en el efecto de largo plazo en el desarrollo de la democracia y el desarrollo social de El Salvador.

Los 11 años de guerra y los 25 anteriores fueron tiempos de injusticia social, corrupción y violencia, que reflejaban una democracia sumamente débil. Los incumplimientos mantuvieron peligrosas debilidades en la democracia actual y en algunos aspectos convirtieron la debilidad en costumbre. Frente a la injusticia social, una de las dos grandes causas de la guerra, se intentó continuar el espíritu de diálogo que había terminado con el enfrentamiento armado. Se suponía, con acierto, que era una deuda de los Acuerdos el buscar la eliminación de graves injusticias estructurales. Nació así el Foro de Concertación Económico Social, como un instrumento nacional que continuara el espíritu dialogante en la tarea permanente de construir la paz frente a ese otro tipo de violencia que es la injusticia social. El fracaso del Foro, muy inmediato, hizo que algunos de los protagonistas del proceso de paz, Mons. Rivera entre otros, opinaran en algunas reuniones que, si bien se había solucionado el problema del autoritarismo político y la represión militar, quedaba pendiente una de las causas fundamentales de la guerra: la injusticia.

El fracaso fue fruto, por una parte, de la debilidad o connivencia de los Gobiernos de ARENA con la empresa privada y, por otra, de la falta de interés de la gran empresa, en general, por establecer pactos de desarrollo que de alguna manera limitaran su influencia